

Juan Sasturain

LOS SENTIDOS DEL AGUA

*Editorial Sudamericana* NARRATIVAS

## ÍNDICE

Prólogo con agua corriente.....	9
---------------------------------	---

### UNO

1. El más rápido .....	15
2. Un gallego al paso .....	24
3. Cinco mil páginas .....	29
4. <i>Vietman</i> .....	35
5. Contra reloj.....	44
6. No es justo .....	50
7. La mercancía de los sueños .....	53
8. Buscando a Betty .....	58
9. Por los pelos .....	63

### Dos

10. Un lugar para pensar.....	71
11. Por el título .....	84
12. Pájaro en mano .....	92
13. Forma de olvido .....	98
14. Ciertos sentidos .....	104
15. Teoría sobre Ríos.....	112
16. Por teléfono .....	117
17. Alrededor de media tarde.....	127
18. Todo mal.....	134
19. Escucha y calla .....	141

### TRES

20. Las condiciones ideales .....	151
21. Jaulas .....	154

La primera versión de esta historia fue escrita a comienzos de los noventa y tenía —publicada y necesariamente mutilada— menos de la mitad de extensión. Era apenas un cuento largo pero ya estaba casi todo: la vertiginosa pareja oriental, el paródico (de Parodi) gordo Arroyo —acaso un avatar más locuaz de Acevedo Bandeira— y el ruido del agua como trasfondo. Un poco apretados, eso sí.

Como tantos textos, *Los sentidos del agua* fue resultado de la intersección de una idea o dos (las teorías del incuestionable Josep Destandau; el mundo infinito de la literatura de quiosco y de sus anónimos creadores) con el encargo puntual. Me pidieron escribir un relato policial negro para una serie de historias —*Cuadernos del asfalto*, se llamó— que coordinadas en Madrid por un amigo redundante, Juan Madrid, publicó semanalmente *Cambio 16* en el verano del 90. Manuel Vázquez Montalbán, Andreu Martín, el mismo Juan y algunos latinoamericanos sueltos participamos de la colección. Como suele suceder (me), me pasé de largo y para entrar en el corsé de la publicación hubo que destrozar la historia, la escritura y el efecto. Así salió.

Pero hubo (parcial) revancha. Al publicarse en México

al año siguiente en una edición desvencijada de la Universidad de Guadalajara ya se acercaba a la forma actual; sin embargo, recién en 1992 cuando la tomó a su cuidado Jorge Lafforgue y la incluyó en la colección La Muerte y la Brújula, de Clarín-Aguilar, *Los sentidos del agua* fue la novela que es.

Entre aquella edición de hace diez puntuales años y ésta hay diferencias mínimas, en general de léxico. Son pocas cosas y —sobre todo, coherentemente— de quita y pon: donde se lee *impermeable* decía *gabardina* y los personajes que ahora se sacan el *pulóver*, hace diez años se ponían el *jersey*. Es que cuando escribí este relato vivía y escribía en Barcelona, casi toda la aventura transcurre entre *sudacas* pero en Barcelona y los lectores primeros usaban *gafas* y no *anteojos* para leer policiales negros. Es todo lo que he modificado para que nada cambie.

Lo que ha cambiado (?) es la vida, lo que pasa en general respecto de lo que pasaba. Por eso acaso las circunstancias sean un dato para tener en cuenta. Si bien la historia se las aguanta —o debería hacerlo— en cualquier contexto de lectura, es evidente, por ejemplo, que personajes uruguayos llamados Spencer y (la) Joya tienen resonancias que son más audibles y reconocibles en el lado de abajo del globo que en el otro, el que los que hacen los mapas dibujaron del lado de arriba. También palabras como *hood* y *capucha* son sinónimos en el obediente diccionario bilingüe pero suenan muy distinto para los oídos y la experiencia generacional de unos cuantos.

En el noventa el autor estaba lejos y la Dictadura (demasiado) cerca. Los remezones del horror se sentían bajo los pies y memoriosas heridas recientes, bajo las pieles. La sed de absoluto había sido generosa, trágica y equívocamente saciada. Tal vez por eso esta presunta/uosa novela de aventuras (en el quiosco y en la dura vida) juega o se

consuela con ambigüedades, se apoya inestable en el contrapunto de pareceres tras el efecto devastador de tantas verdades imperativas. Es decir: gambetea las certezas mientras salta como puede los charcos de la solemnidad.

La idea —si es que hay alguna— es y era que el sentido de lo que hacemos se nos escapa pese a nuestra más enfática intención; nos movemos en una realidad siempre ambigua de sentidos cambiantes como el agua que —Destandau dixit— “nunca se equivoca” pero elige diferente cada vez. No es ninguna novedad, tampoco pretende ser una certeza. Es lo que pasa cuando uno sólo cree en la sabia incertidumbre.

En fin, que de agua somos.

J. S.

Buenos Aires, septiembre de 2001